

VI CONGRESO NACIONAL DE LA ASOCIACIÓN MEXICANA DE ESTUDIOS DEL TRABAJO, A.C.(AMET)

Mayo 2008

TRANSFORMACIONES EN EL TRABAJO ACADEMICO. Identidades y alteridades

Autora: Rosa Martha Romo Beltrán¹

Me interesa aludir a la dimensión temporal de las identidades, especialmente con relación al espacio de trabajo –en este caso académico- y a sus consecuencias sobre el proceso de construcción de la identidad, toda vez que las mutaciones actuales en el mundo laboral desarticulan ciertos cimientos estables y seguros que sirvieron de base para la construcción de la subjetividad.

Abordaré en forma especial la dimensión temporal, tanto aquella que atañe a las transformaciones profesionales como sus consecuencias sobre las identidades profesionales. Para ello es preciso pensar la identidad a partir de las siguientes características:

- Como proceso dinámico, esto es, no debe ser entendida como dada una vez y para siempre ni como una suma pasiva de roles a lo largo de toda la vida de las personas (al estilo de Goffman: 1982), sino como una negociación interactiva y significativa.

¹ Profesora Investigadora, Universidad de Guadalajara. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores. rosam@cencar.udg.mx

- La identidad es el producto de una articulación entre una dimensión personal y otra relacional. Tomando la definición de Claude Dubar (2000), es una construcción/reconstrucción entre dos procesos y dimensiones de las personas: lo biográfico y lo relacional. El sujeto construye su identidad a partir de una transacción interna al individuo, delineando “qué tipo de persona uno quiere ser” en correspondencia con su biografía; y una transacción externa entre el individuo y las instituciones y grupos a los que pertenece, a través de la cual se perfila “qué tipo de persona uno es”, y con ello a qué definición corresponde.
- A través del conjunto de configuraciones que conforman por un lado los actos de pertenencia y por otro los de atribución, el sujeto edifica en una misma identidad dos dimensiones de sí: la identidad para sí y la identidad para otro. Ambos aspectos de la identidad son inseparables y se construyen en un proceso continuo en el que el sujeto y su entorno se entre trascienden y determinan.
- La distinción entre lo biográfico-personal y lo relacional-social, debe comprenderse solamente en un plano analítico. La identidad es el resultado contingente de la articulación de esas dos dimensiones, realizada en el plano del discurso. Es decir, dicha articulación, se procesa en el nivel simbólico de los significados contruidos por los sujetos y/o lo grupos.
- La identidad es, además el resultado de los diversos procesos de socialización. Es, siguiendo con Dubar (2000) “el resultado a la

vez estable y provisorio, individual y colectivo, subjetivo y objetivo, biográfico y estructural de los diversos procesos de socialización que conjuntamente construyen a los individuos y definen a las instituciones”. La identidad personal se vincula con la capacidad de las personas de diferenciarse de los demás y ser, por ello, únicas e irrepetibles. La identidad grupal, en cambio, nos hace partícipes de la sociedad e influenciados por los procesos históricos de índole política, cultural y económica.

La dimensión relacional, es decir, la “identidad para otro”, es ineludible en un estudio sobre identidad, porque esta última está vinculada a la incesante búsqueda de reconocimiento: el otro es fundante desde las etapas más tempranas de la vida.

- La identidad es un espacio de conflicto, superposición, restricción y oportunidad, ya que, las identidades se nutren constantemente de identificaciones que cimientan la subjetividad, y con ello construyen microscópicamente las prácticas de cada persona. Dichas fuentes identificatorias de la subjetividad pueden ser múltiples, es decir, existe un abanico de discursos interpelantes que materializan actos permanentes de atribución a los sujetos. La familia, como instancia más temprana, provee las identificaciones primarias, que estarán seguidas por otras que emanan de posteriores marcos referenciales presentes a lo largo de toda la vida, como el grupo generacional, el grupo étnico, la formación escolar, la pertenencia política, la comunidad o barrio, la religión, el género y, por supuesto, el espacio de trabajo.

Debido a la mencionada multiplicidad de interpelaciones, la identidad no se compone de elementos armónicos, sino que está interceptada por prácticas y discursos diferentes o antagónicos. Pero, precisamente porque las identidades son construidas también a partir del discurso, es necesario entenderlas como producidas en espacios institucionales e históricos específicos. Se construyen en el interjuego de diferentes modalidades de poder, de diferenciación, pero también de las diversas estrategias de reacción e interpretación por parte de los sujetos. Por eso son parte de un proceso de construcción y reconstrucción inagotable, en el que las personas no pierden su papel activo y protagónico.

De acuerdo con Sanselieu (1988), la diferenciación, identificación y reconocimiento son momentos inseparables y articulaciones del proceso de construcción de identidad, y están situados en el seno de la experiencia conflictual y social de las relaciones humanas.

La identidad es un proceso situado en el tiempo

La identidad (tanto personal como colectiva) como producto histórico, expresa un proceso de construcción y reconstrucción situado en un devenir temporal.

En términos generales, parafraseando a Elias (1989), podemos decir que el tiempo es símbolo e institución social, y se constituye para las personas como un “instrumento esencial de orientación en el

mundo”. Por ello, conforma un eje importante de la construcción de la identidad en la medida que, como elemento orientados, contribuye al entendimiento que los sujetos tienen de sí mismos y de la realidad cercana e histórica en la que se encuentran.

El tiempo –nos señala Elias- (1989, 45) es expresión del intento de los hombres por determinar posiciones, duraciones de intervalos, ritmo de las transformaciones, etc., en este devenir con el objeto de servir a su propia orientación. Como símbolo expresa la vivencia de que todo cuanto sucede se ubica en un **proceso incesante**.

De esta historicidad se deriva que existe una **multiplicidad de “tiempos”**, que no pueden ser reducidos a una sola forma y denominación. De acuerdo con Duby (en Romo: 2004; 95), nos enfrentamos a la historia de larga duración a la que corresponden las construcciones que permanecen por siglos. El segundo tipo de temporalidad atañe a la microhistoria atenta al corto plazo, al individuo, al acontecimiento, la del hecho especial y del drama. Por otro lado, localizamos la historia de amplitud mediana, caracterizada por cortes de algunos decenios y que Duby llama la historia coyuntural. Alude también a otra historia de mayor profundidad, de larga, larguísima duración, construida por los contextos y los entornos geográficos: valles o montañas.²

Además de las temporalidades descritas, Remedi (2001) hace alusión a tiempos públicos, como a los privados: estos últimos, a través de los relatos personales se vuelven públicos. Existe un tiempo

² Georges Duby (1999), en Beatriz Rojas, *Obras selectas de Georges Duby*, México, FCE.

que corresponde a la historia social. Afloran tiempos individuales, nos enfrentamos al tiempo inconsciente (que tiene que ver con la vida social) frente a un tiempo consciente, que se evidencia en esas rápidas tomas de conciencia que los sujetos realizan. Nos movemos, concluye, ante los tiempos y las historias de corta y larga duración (Romo, 2004; 95).

Estos modos de encadenamiento del tiempo en cada momento y en especial los de corta, cortísima duración y mediana duración, como los que aluden a las temporalidades subjetivas, le otorgan rasgos específicos a las identidades personales y a los sistemas de organización social.

Volviendo nuevamente a Claude Dubar (2002), podríamos decir que en la identidad personal confluyen temporalidades heterogéneas y modos de articulación de las mismas. Los diversos tiempos comprenden: la temporalidad inscrita en nuestro cuerpo y vivida como duración; la temporalidad intersubjetiva, vivida como sincronización de las interacciones cara a cara; y la temporalidad biográfica, vivida como relación entre las unidades de sentido más importantes en la construcción y reconstrucción de la totalidad de nuestro itinerario de vida.

A su vez, existe una “inscripción temporal” de los individuos (Dubar, 2002) definida a partir de: la posición en el ciclo de vida; la cohorte, es decir, la pertenencia a una determinada generación; y el período, es decir, la inscripción dentro de una historia global. Señala Dubar:

Situar una persona en el tiempo supone conocer al mismo tiempo su edad (en el sentido de ligazón a una categoría significativa), su generación de referencia (relativa a un corte más o menos arbitrario), y el período histórico en el que ha vivido (dónde ha nacido, la entrada a la vida activa o adulta, etc.). Se trata de tres temporalidades diferentes que privilegian en cada caso, una relación particular: a sí mismo (comprendido dentro de su componente biológico), a los otros (dentro de las relaciones cara a cara), y a la sociedad global (las instituciones, el tiempo histórico). (Dubar, 2002).

La primera de dichas temporalidades, subjetiva, está dominada por el presente (implicando duración, es decir, los recuerdos del pasado y las anticipaciones del futuro); la segunda, intersubjetiva, está ligada a los encuentros significativos de su vida, y más generalmente, a los compañeros de las diversas esferas de actividad; la tercera, histórica (objetivada), está ligada a una inscripción dentro de conjuntos más largos, de posiciones y tomas de posición sobre el mundo social y sobre la historia (Dubar, 2002).

Las imágenes de sí, las relaciones con los otros y las visiones del mundo, que implican tiempos heterogéneos, están presentes cada vez que una persona describe su identidad y narra su vida. La importancia dada por Dubar -y otros autores: Remedi (2004), Torres(2004)- al relato, no implica una subestimación del rol de las instituciones ni de las relaciones sociales dentro de la construcción identitaria, sino que apunta a remarcar una característica del momento actual, en el cual el peso y la responsabilidad de articular dichas

temporalidades recaen fuertemente en los sujetos, a partir de una “construcción” –y no una adscripción- que debe presentarse como coherente, legítima y satisfactoria en el discurso.

La coherencia para sí y frente a otros de un “proyecto de vida”, entendido como una definición subjetiva “que permite al individuo objetivarse por la acción y darle coherencia a todas sus elecciones efectivas de acción, previstas, así como las pasadas”, es una de las principales búsquedas en relación con el significado que el tiempo tiene para la identidad.

Es entonces que las temporalidades de cada campo de acción social, son diversos, y su relevancia en la historia personal e institucional resulta fundamental, ya que el tiempo de la producción y el trabajo ha constituido un factor clave de ordenamiento y organización temporal.

El mundo del trabajo fue un lugar fecundo donde las identificaciones generadas a partir de diferenciaciones estables en el mercado laboral, contribuyeron a establecer un firme reconocimiento de los sujetos y de su valor dentro de la sociedad. Ello se tradujo –refiriéndonos específicamente a la relación del tiempo y las identidades- en la preponderancia de la temporalidad del trabajo, es decir, sus ritmos, duraciones, latencia, ciclos, etc. Por sobre otros tiempos vividos (Dubar, 2002).

En el **modelo temporal de la sociedad industrial**, el valor otorgado al tiempo de trabajo remunerado tuvo prioridad en el ordenamiento de la vida de las personas y los grupos. Durante la

consolidación (en el siglo XX) de una sociedad centrada en el trabajo, la difusión de una hora oficial en todo un territorio nacional el consumo, los tiempos consagrados a la producción moldearon tanto identidades como sistemas de organización social.

Tal y como lo señala Dubar (2002), en las últimas décadas las nuevas modalidades de gestión y organización del trabajo, las modificaciones de consumo del tiempo libre, las transiciones entre juventud-adulter y adulter activa-vejez inactiva, han impreso modalidades temporales propias al trabajo y la vida de las personas.

El tiempo de trabajo pasa a ocupar una posición menos central y en contraparte, la administración del tiempo se realiza en función de otras actividades. El tiempo libre aumenta su duración, se reparte de maneras diferentes, lo cual impacta en las temporalidades conformadas en otros momentos y con referencia al trabajo, tales como: vacaciones, desempleo, inactividad, jubilación, pre-jubilación, etc.

De manera análoga, si la formación (aunque diferenciada según grupos sociales y zonas geográficas) servía para delimitar un período de la vida de las personas, el paradigma de la formación “permanente”, lleva a que el tiempo de la formación concierna a todas las actividades a lo largo de la vida, lo que cuestiona el sistema educativo institucional tradicional.

Las dimensiones subjetivas

Lo anterior nos plantea una serie de interrogantes ¿cómo viven los sujetos estas experiencias; cómo las significan?

Con el interés de construir nuevas textualidades, esto, es reescribir “novelas institucionales”, trabajar trayectorias académicas; así como procesos de constitución de identidades (Romo: 2004). Nos ha permitido reflexionar en nuestro encuentro con la narrativa y con otras formas de escritura, toda vez que la posibilidad de recuperar la memoria a través de los relatos, bajo los distintos sentidos que le otorgan los sujetos (informantes), permite recobrar la memoria colectiva y transformarla en memoria activa, esa memoria con la que el investigador indaga, compone y recompone.

En esta forma apostamos al rescate de la historia invisible por ser la que aprta elementos para la producción de sentido, en la que se generan procesos identificatorios, sentidos de pertenencia, trayectorias personales. Aquella que permite reconstruir la conciencia histórica del pasado a través de los actos y prácticas del presente, permitiendo, a la vez, la proyección hacia el futuro. Son abordajes en los que se hace patente la primacía de los sujetos en las instituciones sin negar las determinaciones estructurales (Romo: 2004).

¿Cómo aproximarnos entonces a nuestro objeto de indagación?

Una de las posibilidades de reconstrucción de dicha “historia humana” la encontramos en la recuperación de los datos de primera mano, desde la perspectiva biográfica o la historia de vida. Son construcciones que se caracterizan por una permanente tensión entre

el sujeto y la institución, por lo que es indispensable la inclusión de la dimensión sociológica en el rescate de datos así como en su interpretación, con el objeto de explicar el interjuego entre “lo individual y lo contextual”. Desde aquí podemos entender que en la construcción de este tipo de biografías e historias de vida nos enfrentamos al entrecruce entre sistemas culturales y organizacionales.

A más de lo anterior, el trabajo del biógrafo cobra importancia en tanto que al activar a través de los relatos la memoria de los informantes, permite una lucha frente al olvido, “frente a la muerte”. Permite la construcción de sentidos que de otra forma pasan desapercibidos para el narrador. Es a través de la memoria activa por la cual nos constituimos como sujetos. Somos en la medida en que nos contamos historias. La narrativa adquiere relevancia en tanto que “La vida es siempre, necesariamente, relato: relato que nos contamos a nosotros mismos” (Torres, 2004, 135).

Experiencia y memoria que construimos en relación con los otros, de aquí que la experiencia biográfica permita reconstruir la relación de una serie de hechos significativos. A través del diálogo con el entrevistador es posible, además, recuperar la expresión de la identidad de nuestros informantes. De aquí que el trabajo del investigador se centre:

...en la búsqueda de la verdad en la historia de su personaje y no de lo verídico dejando al lado del camino la necesidad de la Verdad con mayúscula; la aspiración biográfica es crear una construcción con acontecimientos creíbles donde la verdad concuerda con los hechos y discursos [...] en armonía con las

formas aceptadas comúnmente dentro de una colectividad académica o intelectual...” (Torres, 2004, 148).

Dicha construcción biográfica nos enfrenta a otro plano más, presente en la narrativa como parte del *ethos* del investigador, del oficio. Cómo dar cuenta de los distintos referentes bajo los cuales el investigador realiza la escritura, esa otra narrativa que construye el investigador para dar cuenta de los sentidos, significados y explicaciones que elaboramos y que nos enfrenta de acuerdo con Torres a otro plano más de la escritura: el *esthetos* la forma en que lo comunicamos. Escritura en la que está presente el autor, los otros (informantes) y el Otro, ese otro con mayúscula que representa a los destinatarios, los sujetos hipotéticos para los cuales escribimos. La narrativa permite recuperar significados, reinterpretar mitos de origen, trayectorias vitales, identidades. Proceso que se conforma como un mosaico en el que el biógrafo une, relaciona, da sentido a los rasgos distintivos de una vida o –en nuestro caso- de una serie de vidas que tienen como referente común la institución.

Por otro lado, es preciso pensar la relación sujeto-institución como atravesada por múltiples inscripciones (históricas, institucionales, políticas, económicas, etc.). Esto exige un doble movimiento teórico que involucre tanto el trabajo sobre las especificidades como su articulación con las múltiples determinaciones que las cruzan.

Requiere también reconocer la implicación personal como investigador, desde los primeros acercamientos, las primeras preguntas, en la definición del objeto de estudio, en la observación y la

escucha, en el trabajo de interpretación y en la escritura de los informes de investigación.

Los trabajos de investigación a los que hago referencia³ significaron recorrer caminos sinuosos y diversos; algunos más profundos y difíciles de recorrer que otros, tanto por la densidad de los datos que nos llevaban de la mano (datos de lo observado, lo escuchado de voz de los académicos, lo leído en notas periodísticas y en documentos) `oficiales`, como por aquello que nos implicaba y nos detenía, nos hacía caminar de prisa y no ver, nos llevaba a otras direcciones, nos colocaba permanentemente en el riesgo de sobreinterpretar o de obviar datos.

Incluir la dimensión de la temporalidad significa integrarla a la construcción de la “novela institucional”, aquellos relatos que evidencian los significados que le atribuyen los sujetos al conjunto de vínculos institucionales. De igual forma nos permite recuperar las prácticas bajo las cuales construyen su identidad profesional, no solo a aquellos académicos cuya trayectoria puede ser identificada desde el punto de vista de Dubar (2000), bajo el modelo de **identidad categorial**, esto es, caracterizada por la continuidad y permanencia institucional.

Para inscribir la dimensión temporal se requiere la voz de los otros, aquellos académicos que se han incorporado a la institución bajo los rasgos que caracterizan al **modelo de competencias** (Dubar: 2000), con una relativa estabilidad laboral y diversificación de prácticas

³ Cfr. Romo y Gómez 1997; Romo 2000; Romo 2004.

inter o intrainstitucionales. Ya que la responsabilidad de los sujetos actuales que trabajan bajo la modalidad de “**agencia**”, lo que implica hacerse responsables de sus destinos (aunque generalmente no de sus oportunidades...) es lo que intenta exponer Dubar (2002) al mencionar que toda identidad se enfrenta a la cuestión de la articulación de temporalidades heterogéneas, y su expresión discursiva conlleva elecciones y , opciones que en muchas ocasiones no permite enfrentar exitosamente la incertidumbre que se deriva de las diversas identidades movilizadas.

Conclusiones

La inserción de los individuos de las sociedades contemporáneas en la vida institucional, exige que ellos se doten de un discurso sobre ellos mismos. En esta dirección, resulta interesante analizar estos procesos dentro del mundo universitario preguntándose en qué medida las condiciones y los nuevos modelos de gestión del trabajo que lo enfatizan como empresa individual y privada, como un espacio de autorrealización personal, que exaltan la individualidad en perjuicio de un sentido compartido dentro del espacio laboral, permiten elaborar narrativas laborales y personales con sentido o transformar la incertidumbre, la impredecibilidad y la competencia de situaciones y puestos de trabajo fragmentados en proyectos de continuidad dentro del ámbito laboral. Pero también si las nuevas formas de organización son propensas para la elaboración de relatos colectivos asociados al trabajo (o a su ausencia...)

Para finalizar, si tenemos en cuenta que la **temporalidad del trabajo** ha sido un referente dominante en tanto organizadora de la vida cotidiana, de las organizaciones y acciones colectivas, como de las identidades y de la sociedad en general, podemos entender que los cambios en la experiencia temporal, especialmente aquellos ligados al trabajo, son relevantes a la hora de analizar los procesos de transformación y/o conformación de identidades.

En las condiciones actuales se ha desdibujado la imagen de trabajo estable, con contrato indeterminado. De la misma forma, la noción de “carrera” asociada a un camino duradero de movilidad y desarrollo de una persona –a lo largo de su vida- a partir de un puesto y dentro de un espacio de trabajo determinado, así como la posibilidad de relevo generacional. Son características del mercado laboral, incluido por supuesto el universitario.

Bibliografía

CASTEL, Robert (1997). **La metamorfosis de la cuestión social**, Buenos Aires, Paidós.

DUBAR, Claude (2000b). **La socialisation**, Paris, Armand Colin.

DUBAR, Claude (2002). “L’articulation des temporalités dans la construction des identités personnelles: questions de recherche et problèmes d’interprétation” en **Temporalistes No. 44**, (septiembre). www.sociologics.org/temporalistes.

DUBAR, Claude (2002b) **La crisis de las identidades**. La interpretación de una mutación, Barcelona.

DUBY, Georges (1999) en Beatriz Rojas, **Obras selectas de Georges Duby**, México, FCE.

ELIAS, Norbert (1989). **Sobre el tiempo**, México, Fondo de Cultura Económica.

GOFFMAN, Erving (1982). **La presentación de la persona en la vida cotidiana**, Buenos Aires, Amorrortu.

REMEDI, Eduardo (2001). Seminario: **Sujetos, curriculum e institución**, México, DIE.

REMEDI, Eduardo (2004). "La institución: un entrecruzamiento de textos" en Remedi (Coord.). **Instituciones Educativas. Sujetos, historia e identidades**, México, Plaza y Valdés.

ROMO, Rosa Martha (2004). "Mitos arcaicos y fundacionales de la carrera de Psicología" en Remedi, Eduardo (Coord.), **Instituciones Educativas. Sujetos, historia e identidades**, México, Plaza y Valdés.

TORRES, Rosa María (2004). "La narratividad de la vida, una lucha frente a la muerte y el olvido" en Remedi, Eduardo (Coord.), **Instituciones Educativas. Sujetos, historia e identidades**, México, Plaza y Valdés.